

Clara, Carles, y la teoría económica de los juegos aplicada al virus (o de Madrid al cielo)

■ Mateo Estrella

Aquel 15 de marzo, Bruselas era tan aburrida como cada domingo. Ni siquiera la proximidad de la primavera atenuaba el tedio. Nos encontramos en Waterloo, pueblo a 20 kilómetros de la capital, en uno de cuyos barrios residenciales viven empleados comunitarios de nivel alto.

Interior de un chalé equipado de manera funcional. Conversan una mujer y un hombre. Ella de corta estatura, físico recio, pelo blanco, modales suaves. La abuelita bondadosa que tantos niños han perdido, porque se ha ido al cielo en las últimas semanas.

Se llama **Clara**, cumplirá 63 años el jueves 19. Ha envejecido en los últimos tres años, desde que tomó y perdió al poder. Entonces era rubia y sonreía más.

Él es de estatura media. Pelo oscuro, ¿teñido? Flequillo hasta las cejas. Nuca poblada. Nació el 29 de diciembre de 1962, cuando los **Beatles** actuaban en el Star Club de Hamburgo, versionando canciones ajenas.

Su nombre es **Carles**. Ha sufrido menos los embates del tiempo, quizás por su peinado juvenil-anacrónico. Se han inflamado las bolsas bajo sus ojos, señal de que no duerme bien.

Han comido platos ampurdaneses. Una botella de ratafia, licor de Gerona, sirve para soltar las lenguas. Traduzco.

—El panorama es desesperante,



Clara Ponsatí, suficientemente preparada, pasó de muy joven el típico sarampión marxista, para luego recalcar en un 'mix' liberal-independentista.

“Con el rollo del virus, hemos dejado de encabezar portadas y abrir los telediarios. Se acabó la oportunidad de reivindicar en el Parlamento de aquí”

Clara. A partir de mañana cierran bares y restaurantes. Es cierto que estoy de mejillones hasta los... mismísimos. Pero lo que me preocupa es cómo reactivar lo nuestro.

—¿A qué te refieres, **Carles**?
—A nuestra misión, no pienses otra cosa. Con el rollo del virus, hemos dejado de encabezar portadas y abrir los telediarios. Se acabó reivindicar en el Parlamento

de aquí. También traer manifestantes con pancartas a la puerta de casa.

Ella asiente.
—Sí, y no es lo más grave. Redondeamos el exilio con nuestros sueldos de eurodiputados, pero en la República no pueden salir los patriotas espontáneamente a la calle para combatir la represión del Estado franquista. Si se vuelca el gasto en salud, no va a quedar un céntimo para cosas más importantes.

(Ella está suficientemente preparada. Ha recibido e impartido clases en las mejores universidades, sobre todo norteamericanas. Pasó de muy joven el típico sarampión marxista, para luego recalcar en un *mix* liberal-independentista.

Él se ha forjado a sí mismo, o con la ayuda de los demás, en la universidad de la vida. Y en cargos públicos regionales, hasta llegar a la cúspide. Coqueteó públicamente con sendos títulos de periodismo y de filología. Pero comprendió a tiempo que el pueblo valora antes la

“Afirmaste en público que la estrategia menos gravosa para el interés del votante medio español es la aceptación de la independencia. Pues mira dónde estamos”

determinación de un sencillo bachiller que la de alguien con falsos diplomas en el despacho).

—Bueno, tú eres experto en comunicación de masas. Siempre nos quedarán las redes sociales. Yo trabajo Twitter todos los días.

—Yo más, **Clara**. Estoy al borde de los 780.000 seguidores.

—Impresionante. En mi caso no alcanzo los 120.000. Eres mucho más mediático que **Artur**.

—Me han pasado la nota de que tiene menos de 4.400 *followers*. Por mucho que su cuenta se llame @presidentMas, no va a salir del basurero de la historia, ni a moverme el sillón.

—¿Has hablado con **Quim**? Lo veo deprimido.

—Nunca ha sido la alegría de la huerta, **Clara**. Se empeñó en salir

en la conferencia de **Pedro Sánchez** con mayoría españolista. Le han ninguneado. ¡Aparecer con cara de niebla haciendo bulto entre pelotas autonomistas!

—Menos **Íñigo**...
—Bueno, ése va a la suya. Pero centrémonos en Twitter. ¿Qué te parece si usamos la pandemia para focalizar la atención?

—Puedo aplicar un modelo de teoría de los juegos. Lanzamos un mensaje muy potente, previendo la respuesta del enemigo.

—Verás, **Clara**, lo de los juegos vale para un farol en el póquer, pero recuerdo cómo te columpiaste con la independencia. Según tú, la estrategia menos gravosa para el interés del votante medio español era aceptarla. Pues mira dónde estamos. Pero, vale, te doy una segunda oportunidad.

(Para no perderme en tecnicismos, recomiendo a los lectores interesados que busquen en Google información sobre la teoría de los juegos).

—Lo que tú digas. ¿Qué mensaje se te ocurre?

—Tengo guardado un recorte de un confidencial que no subvencionamos, luego no es sospechoso para los españoles. Dice que Madrid tiene más riesgo que Lombardía o Hubei, pero sigue sin decretar el cierre total.

—Brillante, **Carles**. ¿Lo vas a apoyar con un eslogan rompedor?

—Ni hablar. Lo publicas tú y yo lo retuiteo. Es una orden.

—¿Qué te parece “De Madrid al cielo y un agujerito para verlo”?

—Muy castizo. Quita la frase del agujerito. Confunde. Si sirve para ver el cielo, el agujerito está en un féretro. Y si es para ver Madrid,

habría que taladrar la capa de ozono.



¿Y SI TU PROPÓSITO ES HACER REALIDAD EL SUYO?

APADRINA UNA NIÑA O UN NIÑO DE LA INDIA

fundacionvicenteferrer.org

900 111 300



VicenteFerrer